libro de rigurosa exposición científica, escribieron una novela. ¿Por qué? Ellos mismos lo dicen: «De este modo hemos creído interesar, por lo que fué terrible lección del pasado—lección demasiado puesta en olvido—, á mayor número de franceses del que hubiésemos logrado atraer con el estudio extricto de los documentos.» Y notad que se trata de un hecho político, de los que más exaltan y mueven á las gentes. ¿Cómo no reconocer el valor del *utile dulci*, respecto de tantas otras cosas—la geografía, entre ellas—que cientos de hombres de cultura saben mal, ó no supieron nunca, porque no se las enseñaron cuando niños?

Pero noto que vuelvo á tratar mi asunto hablando de la masa de lectores y apartándome de aquella introspección de mi espíritu que había comenzado á realizar ante vosotros. Dejadme que vuelva á ella silenciosamente, rumiando lo que llevo escrito, evocando el mundo de mis sueños y de mis memorias, tras confesar nuevamente la pérdida inmensa que para mí hay en la desaparición de ese mago sencillo, que tantas veces supo llevarme, con el toque de su fantasía, á pensar en cosas y á renovar sentimientos que el tráfago de la vida diaria arrincona y debilita.

---

# El libro de las tierras vírgenes

Gran parte de mi vida se ha pasado en el campo; durante mi niñez y mi adolescencia, en aquella llanura frondosa, cubierta de almendros, de algarrobos, de olivos y de rastreras viñas, que el uso tradicional llama Huerta de Alicante; luego, en la serranía madrileña, visitada invariablemente todos los domingos y *fiestas de guardar*, desde las colinas arenosas del Pardo á los macizos de granito y gneiss del Guadarrama; por último, en la costa cantábrica, batida por un mar casi siempre agitado, defendida por cantiles enormes ó por playas inmensas, que la marea baja convierte en apisonados salones de baile, de suavísimo declive, coronada por espesos pinares y praderías que agotan la gama del verde. Y he sabido gozar de la Naturaleza, olvidando, cuando á ella me entregaba, mi condición de hombre de ciudad. Siempre he buscado en ella lo más propio, lo más genuino, lo más opuesto á lo humano, yo, que en mi vida de trabajo intelectivo soy eminentemente social y no sabría ser de otro modo. Este contraste no me lo explico bien. Es uno de los puntos obscuros de mi psicología, para mí, á lo menos; mas, por lo constante, debo creer que es en mí constitucional.

Cuando he ido de caza, la caza es lo que menos me ha importado. Mi principal placer era trepar por el monte, descubrir rincones ignorados, perderme en aquellas soledades, dominar vastos panoramas y *sentir* el silencio de las alturas, recostado sobre las matas de tomillos y romero, trasladando perezosamente la atención desde las grandes líneas del paisaje á los menudos detalles de la fauna y la flora que á mi alrededor tenía.

La afanosa laboriosidad de mis huertanos es muy enemiga de las *tierras vírgenes*, aun con la relativa virginidad que en Europa tienen. En el corazón de la sierra se encuentran á cada paso plantíos que deshacen la ilusión de lo *natural*, que os hablan del hombre y de sus afanes: las laderas cultivadas en terrazas ó escalones; el algarrobo horadando la peña firme; la vid trepando por los muretes y disputándole el sitio al esparto y á la salvia. Era preciso subir mucho, enfrascarse en los recodos más sombríos, para perder de vista la obra humana y vivir algún tiempo con la ilusión de lo salvaje. Declinando allí mi personalidad, dejaba hablar á las cosas, penetrándome de ellas, rusticándome conscientemente, abriendo mis sentidos á las mil sensaciones sutiles y raras que el hombre ciudadano es incapaz de sentir cuando se deja ganar por la ciudad. Y de ese modo he ido aprendiendo á ver en la Naturaleza lo que está vedado á quien no la busca con amor, y he sacado de ella placeres intelectuales, imaginativos, de una rareza exquisita. La serranía alicantina ha revelado, ante mis ojos, casi todos sus secretos de estética.

Hoy sigo haciendo lo mismo. Encuentro placer en sustraerme, de vez en cuando, á la sociedad de los hombres; y si paseo tierra adentro, busco los



pinares sombríos en que yo solo hago crujir el piso de hoja seca y resbaladiza; si voy á la costa, me alejo de los sitios frecuentados por los pescadores, para contemplar, desde lo alto de una peña que las olas azotan con estruendo ó en los senos tranquilos que se abren en los escollos altos, próximos á tierra firme, ya el ir y venir del agua, que cambia de colores y renueva á cada paso la forma de su movimiento, ya la vida misteriosa del mundo pelágico, más *virgen* que el mundo del bosque. Y cuando llevo algún tiempo en esa contemplación, y hasta el recuerdo de los hombres se ha borrado de mí, empiezan á hablarme aquellos seres que la baja mar dejó al descubierto ó que la transparencia del agua descubre á pocos palmos de la superficie, y me cuentan los azares de su vida, sus luchas mortales, sus expediciones de caza, sus habilidades para esquivar al enemigo, sea pez, nutria ó anzuelo con que el hombre quiere engañarlos. Y al contarme esas cosas, discurren por entre los macizos de algas de colores espléndidos, de formas extrañas é inquietantes. A veces me interno más en los enormes mogotes calizos que la marea alta convierte en islas, y voy á buscar una gruta llena de misterio, abierta por el mar en su lucha de siglos con la tierra y sólo accesible en los días de grandes bajamares. Allí la soledad es completa, el aislamiento absoluto, y fácilmente vienen á la imaginación ideas de muerte que la escalofrían.

Por la parte de tierra, la entrada es fácil, amplísima. A los pocos metros, se abre en el techo una claraboya, que en los días despejados deja resbalar hasta el agua cristalina los rayos dorados del sol. Más lejos, las paredes se acercan, van cerrando el espacio en tubo sombrío, por donde las olas

penetran con estruendo si hay marejada. En los días tranquilos, aquello parece un lago, desierto á primera vista; pero mirando bien, se empiezan á notar las formas vivas que lo pueblan: pulpos traidores, que desde su agujero sacan silenciosamente alguno de sus brazos para averiguar si es comestible el palo que he metido en el agua; peces ligeros, bullidores, que rápidamente entran y salen por el tubo, sin daros tiempo á precisar, como no tengáis mucha experiencia, á qué tipo pertenecen; crustáceos cautelosos, que ora se dejan llevar de la corriente, como las esquilas, ora trepan por la roca, como los cangrejos grandes y chicos. De lo alto penden, como estalactitas rojas y blancas, los grupos de «percebes» que los hombres codician. Y en la oquedad de la gruta resuena siniestro el grito salvaje de las gaviotas, que pasan por encima de ella proyectando su sombra á través del boquete del techo.

En esas soledades, frente al mar bravío, llena la retina de formas *naturales* y la imaginación de ideas extrañas, sugeridas por la voz de las cosas, he leído el libro de Kipling, que Perés ha traducido de tan admirable modo. Y he comprendido á Mowgli y sus hermanos de la Selva, á Kotick y sus rebaños de focas, que me hablaban un lenguaje parecido á ese que oigo á menudo en mis correrías por las playas y el monte. La grandiosa poesía del mundo natural, pocas veces ha sido interpretada por un hombre de modo tan elevado y profundo como por Kipling en sus libros de la *Jungle*. Verdad es que esa interpretación, por serlo—y no cabía otro modo de hacer comprender á los humanos aquella poesía, de hacérsela sentir fuertemente—, deja perder muchas de las sensaciones íntimamente *naturales* que el escritor habrá sentido y que no podría describir en forma dramática, porque son muy *líricas*, sin dejar de ser objetivas; y que, por lo tanto, el soplo de vida de las tierras vírgenes ha tenido que *humanizarse* para poder llegar á nosotros, ya por la participación que en él tiene un héroe humano, ya por la cualidad de las notas psicológicas que de él aprovecha el autor, obligado á un antropomorfismo que era muy peligroso traspasar.



Pero aun dentro de esto, adviértase cuántos elementos propiamente naturales han quedado, y cómo las mismas pasiones comunes al hombre y al animal, referidas á éste, pierden la repugnancia que en aquél inspiran y son aceptadas por el lector más escrupuloso como cosas naturales y necesarias. Basta que comparéis la ley de caza de la selva con los asesinatos producidos por el *ankus* del Rey. Kipling ha sabido poner de relieve y aprovechar de modo sumamente artístico el contraste entre la muerte que dan los seres de la selva y la que á sus semejantes da el hombre. Para esto, ha tenido que idealizar; pero aun en esa idealización hay algo profundamente poético, y es el ver cómo la ley del amor y de la solidaridad triunfa de los instintos feroces de los animales, y doma á los lobos, las panteras y las serpientes. El lector se deja llevar por esa poesía sin ver su falsedad; y es porque piensa, sin darse cuenta de ello, en la hermosa ilusión de que, un día, también la ley aquella dome á las fieras humanas y consienta, al más inofensivo y débil Mowgli, pasear tranquilo por toda la selva humana, con sólo decir á los que en ella habitan: «Vosotros y yo somos de la misma sangre.»

---

# Los heleno-latinos

Pocos días después de terminado el Congreso internacional de ciencias históricas (1903), se celebró en Roma otro Congreso titulado «Heleno-latino», cuyo promovedor fué el célebre profesor Angelo de Gubernatis, simpático por sus entusiasmos generosos que, á veces, dañan á la solidez de sus obras. Aunque España tuvo en él algún representante, nuestra prensa no le ha concedido todo el interés que realmente merecía, y que, más que *a posteriori*, debía haber despertado *a priori*, para enviar allá un numeroso contingente de delegados españoles que hubiesen podido discutir puntos de interés para nuestra patria y contrarrestar tendencias que desnaturalizaron é inutilizaron el dicho Congreso.

No puede ofrecer duda para todo pensador imparcial, que una cosa es defender lo característico de la civilización de un pueblo, ó de un grupo de pueblos análogos, para que no se borre ó no sea absorbido por ideales distintos (que pueden ser buenos, mas no por esto dejan de ser parciales), y otra cosa *oponer* tipos diferentes de civilización, como si fueran incompatibles ó la razón estuviera sólo del lado de uno. Sería esto seguir la viciosa corriente iniciada por algunos escritores alemanes (Gervinus, verbigracia, y antes que él,



también Fichte) y norteamericanos, en vez de ayudar á la obra del internacionalismo racional, de la paz y del aprovechamiento de todos los esfuerzos humanos útiles.

De ese vicio pecó el Congreso indicado. En primer término—y tal vez por falta de preparación—, tres de las principales naciones heleno-latinas (Italia, Francia y España) estuvieron en él muy parcamente representadas, lo cual había de quitar fuerza á las decisiones. En cambio, el grupo más numeroso que en él intervino fué el de los rumanos, entre quienes domina hoy el más intransigente y duro antisemitismo, esa mancha de la historia moderna. El peligro de esta excesiva intervención se acentuó al aparecer como *leader* del Congreso el famoso Max Regis, cuyo ideal político y cuyos procedimientos de lucha son bien conocidos y evocan las sangrientas jornadas de Argel.

No es de extrañar, por esto, que muchos espíritus generosos, con cuyo concurso hubiera podido contar la obra de Gubernatis á llevar otra dirección que la tomada, rehusen su apoyo al Congreso y á la sociedad heleno-latina de que quiere ser órgano. Para que mis lectores conozcan directamente la actitud de uno de esos hombres á quienes aludo, traduciré los párrafos con que Gabriel Monod comenta el programa de Gubernatis y sus amigos, en el último cuaderno de la *Revue Historique* (Julio-Agosto).

«Sin duda—dice—los que, como nosotros, se preocupan por mantener las tradiciones clásicas y piensan que el culto de esas tradiciones pertenece, antes que á nadie, á las naciones herederas de Atenas y de Roma, Francia, Italia y España; los que deseen que Francia estreche sus lazos de amistad con España é Italia, no podían menos de

mirar con simpatía la tentativa de A. de Gubernatis.» Pero al considerar los hechos á que hicimos ya referencia, no han podido menos de preguntarse «si esa agrupación heleno-latina no hará que se produzcan ideas falsas y peligrosas».

Y contrarrestando el exclusivismo que de aquí puede nacer, añade: «En la antigüedad, existió una civilización heleno-latina en oposición á la barbarie. Pero hoy día ya no hay tal civilización. Hay *bárbaros* (y por desgracia los hay en todas las naciones, eslavas, latinas ó germanas, lo mismo que en las mongolas ó africanas) y hay *civilizados*, civilizados cuya civilización está formada por elementos de todo género: semitas y arios, orientales y occidentales, griegos, latinos, galos, eslavos, germanos y anglo-sajones. En una palabra: hay *civilización* y hay *barbarie;* no hay, simplemente, civilización heleno-latina, y nos tememos que, no obstante la nobleza de ideal y la generosidad que han inspirado á Gubernatis, su sociedad y su revista (la *Civiltá elleno-latina,* fundada por el mismo profesor) tendrán la vida efímera de todas las que las han precedido.»

Lo mismo creemos nosotros, y por eso hemos juzgado conveniente llamar la atención de quienes en España se preocupan por estas cosas, para que se pongan en guardia respecto de las direcciones peligrosas que puede tomar un pensamiento que, en el fondo, es razonable, es útil y puede ser de gran trascendencia ante los exclusivismos de otros grupos humanos, á quienes hoy aqueja el pecado de orgullo que antes padecimos nosotros, y que diariamente se nos echa en cara como si los censores no tuviesen el tejado de vidrio.

---

# Teoría de la felicidad

En todo tiempo, los hombres han tratado de ser felices y se han preocupado con buscar los medios para serlo. Parece, sin embargo, que esa preocupación, á lo menos en sus manifestaciones eruditas, ha tenido períodos álgidos. Uno de ellos fué el que corresponde á los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, años de grandes fermentaciones ideales, henchidos de esperanzas optimistas para unos, de locos terrores para otros. La bibliografía—que no obstante lo mucho que de ella han abusado el superficialismo y la moda frívola, es cosa muy útil—lo demuestra. Madame Stael fué de los autores que por entonces escribieron sobre aquel gran problema. Su libro *De la influencia de las pasiones en la felicidad de los individuos y de los pueblos,* había sido precedido por otro que constituye hoy una interesante curiosidad, el *Ensayo sobre el arte de ser feliz,* publicado en 1811 por José Droz. Remontándonos á la cabeza de la serie, hallaríamos en 1770 un tratadito en que un señor D. M. procuraba investigar la influencia, no de las pasiones, sino de los prejuicios, en el consabido estado feliz; y para no aumentar las citas, recordaremos tan sólo que el